

BRILLA LA LUZ

CORAZÓN VALIENTE

Era 1972, un año después de la muerte de papá. Las cosas empeoraban cada día más por la falta de dinero en casa. Los vicios de mi hermano mayor y de mi mamá crecían, haciendo que lo que entraba se esfumara sin cubrir los gastos más elementales. Debíamos la renta y varias veces estuvieron a punto de cortarnos la luz, pero la ayuda del vecino lo impidió al prestarnos lo necesario. El desayuno comida y cena, en muchas ocasiones, fueron tortas de frijoles y café negro. Mis hermanos menores llevaban los zapatos rotos a la escuela; usaban cuadernos reciclados y vestían ropas que les regalaban sus compañeros.

Cuando estuvo papá con nosotros, teníamos todo, nunca faltaba el alimento y, aunque no vestíamos con elegancia, nuestra ropa era comprada, así como los zapatos de deportes, los de vestir y para estar cómodos en casa, y en ocasiones algunos sólo por gusto. Después de su muerte, la madrugada me sorprendió muchas veces sin haber pegado los ojos hinchados de tanto llorar, y por estar vigilando que mi hermano drogado no se acercara a mí. Mi mamá ni cuenta se daba, ya que el alcoholismo en el que estaba inmersa la hacía dormir a pierna suelta.

La vida para mí se había convertido en un infierno, ya no tenía el amor y la protección de papá. Después de ser la niña consentida a la que tenían en una caja de cristal para que nadie la tocara ni lastimara, ahora estaba viviendo una vida de Cenicienta.

A mis dieciséis años, me levantaba a las cinco de la mañana, dejaba la casa limpia y el desayuno preparado antes de irme a

trabajar como secretaria en un despacho jurídico. A la hora de la comida y de regreso por las noches, caminaba a casa para ahorrar lo del pasaje. Así era como me compraba zapatos y aportaba la mayor parte de lo que ganaba a los gastos de la casa.

Pero nunca era suficiente. Gran parte se gastaba en las drogas de mi hermano y el alcohol y cigarros que mamá consumía. No parecía darse cuenta del daño que se hacía y que nos hacía a todos nosotros, a pesar de decir que nos amaba. En realidad, nunca se lo creía. Desde que tengo uso de razón, sólo recuerdo golpes de parte de ella, nunca caricias de amor.

La vida se me hizo más difícil desde el día en que fui víctima de abuso sexual por parte de mi hermano, sobre todo porque, al decírselo a mi mamá, no me creyó. Al contrario, lo defendió y dijo que yo estaba mintiendo, y que si él había intentado algo conmigo, era porque yo lo provocaba.

No tenía el valor para salirme de casa y buscar donde vivir. Sentía la responsabilidad de alimentar y proteger a mis hermanos menores de ella y de mi hermano; cuando estaban perdidos en su vicio, eran capaces de cualquier cosa y siempre encontraban la manera de justificarse.

Sólo me mantenía la esperanza de saber que mis pequeños hermanos algún día crecerían y nuestra vida cambiaría, de que mamá recapacitaría y aceptaría la ayuda para salir de la oscuridad en la que estaba, y de que algún día la luz brillaría para nosotros y ese infierno terminaría.

Así fue. Diecinueve años después, en enero de 1991, Jesús tocó la vida de mamá y ella cayó de rodillas ante Él pidiendo perdón, arrepentida de esos años desperdiciados y dejándolo entrar en su corazón. Sólo disfrutamos ese cambio unos meses, pues el 9 de abril de ese año partió de este mundo al descanso eterno.

Esos pocos meses fueron maravillosos; la recompensa de lo vivido en años.

Instituto Municipal de la Mujer
Chihuahua, Chih.